

A continuación en lenguaje pueden escuchar un espacio sobre San Juan de la Cruz, tema preparado por la profesora Sagrario Rodríguez Martín Montalvo. San Juan de la Cruz

de la obra poética del santo forma legión los estudiosos y poetas que han intentado explicársela tanto desde el punto de vista conceptual y teológico como desde la otra ladera más asequible para nosotros, la del estilo. Nosotros no intentaremos sino una modesta aproximación, o mejor, un intento de aproximación, pues siendo como es la cumbre de nuestra lírica, tocada, como dice de ella Damas o Alonso, del ala del prodigio, no queremos con el pretexto de la dificultad que entraña dejar al alumno, que va a ser inmediatamente universitario, desheredado de un placer estético y espiritual que contribuirá poderosamente a su enriquecimiento formativo. La vida de San Juan de la Cruz podrá encontrarla el alumno en la biblioteca de autores cristianos. Recordemos brevemente que la vida de San Juan coincide casi exactamente con la vida de los estudiosos y poetas que han intentado explicar la historia de San Juan de la Cruz.

con el reinado de Felipe II. San Juan es 17 años más joven que Santa Teresa de Jesús, por quien sintió veneración y junto a la cual trabajó por la reforma de la Orden del Carmelo a la que ambos pertenecieron. San Juan de la Cruz poseyó un poderosísimo cerebro y una sólida formación filosófica y teológica. Era de origen humilde y hubo de ganarse el pan desde muy pequeño. De joven simultaneó sus estudios en la Universidad de Salamanca con la asistencia a un hospital como enfermero. Es bien sabido de todos que San Juan sufrió como Santa Teresa de Jesús persecución y como Fray Luis de León las penas de la cárcel. Y aún más que ellos, fue atormentado físicamente. Pero no por la Inquisición, porque San Juan no se aparta un punto de la ortodoxia católica. Unamuno, como recuerda muy bien el profesor Constantino Nieto en su estudio sobre el divino Carmelita, vio con toda claridad y en síntesis la actitud de San Juan de la Cruz. Don Miguel de Unamuno nos dice que San Juan de la Cruz

Llegó a la más grande libertad, pero no por la rebeldía, sino por la sumisión y la humildad. La persecución y la cárcel, e incluso las últimas vejaciones que sufrió nuestro santo, todo ello le vino de algunos de sus propios hermanos de religión. Aquellos frailes que le persiguieron no tenían otro motivo que la envidia más temible, la envidia de la bondad, de la santidad que, según afirman todos cuantos le conocieron, emanaba de él. Envidia y también resistencia al estímulo de superación que suponía el espíritu de la reforma, que dentro de la propia orden venía llevando a cabo el santo, en unión, como decíamos en un principio, de Santa Teresa de Jesús. No obstante, no sabemos hasta qué punto pudo incidir todo esto en su obra. Parece probable que fuera en la cárcel de Toledo, donde...

compuso el cántico espiritual. En la cárcel de Toledo pasó ocho largos meses en que no vio la luz sino cuando era conducido al refectorio para comer de rodillas y ser después azotado. Allí compuso la mayor parte de su poema más extenso, que ha sido venero inagotable de inspiración para los poetas contemporáneos, el cántico espiritual. De él posee el alumno un fragmento en nuestra antología. Las ínsulas extrañas, los ríos sonoros, el silbo de los aires amorosos. La noche sosegada en par de los levantes de la aurora, la música callada, la soledad sonora, la cena que recrea.

Compónese el cántico de 40 liras y es una égloga a lo divino en la que dialogan el alma esposa y Cristo, esposo del alma. No existe adjetivo suficiente para valorar esta joya

poética de la mística española. Su longitud, por otra parte, nos impide reproducirla. Compuso también en la cárcel toledana La noche oscura del alma, en la que vamos a centrar nuestra atención por ser el poema más conocido de todos. De estos dos poemas, El cántico y la noche, y del titulado Llama de amor viva, ha escrito Damasceno. Maso Alonso.

Esos poemas, el cántico espiritual, la noche y la llama, y esas coplas, aunque es de noche y tras un amor solance, son tales que la literatura mundial no ha producido nada de una emanación más nostálgicamente perturbadora, donde cada palabra parece haber recibido plenitud de gracia estética, con una transfusión tal que nuestra alma, virginalmente oreada, impelida abrasadoramente, no ha sentido nunca más próximas las extremas delicias. Enos aquí, pues, en el borde sobre el precipicio, empujados, sin posibilidad de retroceder. Allá abajo es donde la razón humana se nos va a romper en mil partículas. No queda sino abandonarnos en los brazos de Dios. Dios es el centro y eje de la poesía toda de San Juan de la Cruz, y también, naturalmente, de los comentarios o glosas que dedicó al cántico, a la noche oscura y a la llama de amor viva. No nos dejó noticia alguna sobre sus peripecias terrenas. Sin duda es cierto lo que en otro lugar de su estudio...

sobre el santo, nos dice Damaso con palabras de Góngora, que otro instrumento tiraba de sus sentidos mejores. Él andaba embarcado en la más alta aventura del corazón y también de la palabra. Por él el lenguaje se hace milagro, porque si es difícil entender, comprender la unión mística con la divinidad, a través de su poesía la sentimos. Este sentir, sin comprender exactamente, es lo que le lleva a Damaso a decir como antes oíamos que, allá abajo es donde nuestra razón humana se nos va a romper. La misma fascinación le ha llevado a Guillén a hablar del lenguaje insuficiente, porque aún el no creyente, ante uno de sus poemas, se siente arrebatado hacia el misterio de un mundo inefable, inexpressable. Parafraseando las propias palabras del santo, voló tan alto, tan alto, que le dio a la caza alcance, caza de amor y caza de la expresión. Oigamos, luz y oscura del alma.

En una noche oscura, con ansias en amores inflamada Oh dichosa aventura, salí sin ser notada estando ya mi casa sosegada A oscuras y segura, por la secreta escala disfrazada Oh dichosa aventura, a escuras y encelada estando ya mi casa sosegada En la noche dichosa, en secreto, que nadie me veía ni yo miraba cosa, sin otra luz higuía sino la que en el corazón ardía Aquesta me guiaba más cierto que la luz del mediodía a donde me esperaba quien yo bien me sabía en parte, donde nadie aparecía Oh noche que guiaste

o noche amable más que la alborada, o noche que juntaste amado con amada, amada en el amado transformada. En mi pecho florido, que entero para él sólo se guardaba, allí quedó dormido y yo le regalaba, y el ventalle de cedros aire daba. El aire de la almena, cuando yo sus cabellos esparcía, con su mano serena en mi cuello hería y todos mis sentidos suspendía. Quedeme y olvideme, el rostro recliné sobre el amado, ceso todo y dejeme, dejando mi cuidado entre las azucenas, olvidado. El aire de la almena, cuando yo sus cabellos se guardaba, amada en el amado,

El inefable placer que nos produce el poema no sólo proviene de la originalidad del tema. En sí es original por estar expresado poéticamente y simbólicamente. Proviene nuestro placer de la conjunción única de significado y significante. El qué dice y el cómo lo dice. Contenido y expresión forman una unidad, no nos cansamos de repetirlo, indestructible. Dentro del contenido, es fácil apreciarlo, tenemos en el poema un significado aparente o de

superficie y otro en el plano profundo o simbólico. En el plano de la superficie el asunto es bien sencillo. Es el canto de una muchacha enamorada a la noche feliz en que huyendo de su casa corre en brazos del amado. En el plano simbólico, como se sabe, la doncella enamorada es el alma del poeta y el amado es Cristo. Nos es tan conocida la vida del santo que aún sin leer su extenso comentario a la noche nos es imposible disociar.

Lo que simbólicamente quiere decir su arrebató místico de lo que literalmente dice la aventura amorosa de una mujer no sabemos si despojado de su más alto significado podría perturbar nos del mismo modo que lo hace no sabemos si podría producirnos la misma sensación de alado misterio la huida de esta enamorada en la oscuridad de la noche creemos que si tampoco nunca el éxtasis amoroso ha acertado a comunicárselos con tan inefable dulzura asombra pensar lo paralelo y certero de ambos significados aparente y simbólico y también su ensamblaje en la expresión en sí como decíamos el tema no es original el poema es un tratado quinta escritura de la historia de la mujer no se puede decir que no es original es un tratado que no es original es un tratado que no es original

universal y eterno el deseo humano de anegarse en la divinidad. De todos modos conviene que apuntemos algunas ideas sobre mística para mejor centrar el tema. Hay dos opiniones encontradas sobre la mística española que ha armonizado plenamente Helmut Halbzell en su obra Estudios literarios sobre mística española. Una es la opinión occidentalista que contempla la mística española enraizada en lo germánico, allegada con las corrientes espiritualistas de Flandes en el reinado de Carlos V, especialmente arraigada en la mística del holandés Ruusbroeck. Otra es la tesis orientalista defendida por don Miguel Asín que contempla a la mística española mediatizada por lo menos por el movimiento sufí islámico y por la religión de los cristianos. Y por los sufíes.

quizás a través del mallorquín Raimundo Lull, que fue un misionero franciscano que convivió con místicos islámicos y es seguro que, al menos, adoptó expresiones muy similares. Américo Castro se hace eco de esta última tesis en su apasionante y apasionada Realidad Histórica de España, muy de acuerdo con su fetichismo semita que orientó su polémica visión de lo español. En la mística española, cúspide de la mística occidental, y en cuya cúspide, como gran poeta único, hay que colocar a San Juan de la Cruz, hay un finísimo método de expresión psicoanalítica que, aunque superándole, nos recuerda el dulce estilo nuevo italiano. Además, y concretamente, en la poesía de San Juan de la Cruz, sobre todo en el cántico espiritual, abundan las imágenes de San Juan de la Cruz, que, en su parte, son las más importantes de la historia. En la mística española, cúspide de la mística occidental, y en cuya cúspide, nos recuerda el dolor de la vida.

poéticas de gusto gongoriano, renacentista. En las glosas poéticas del Vivo sin vivir en mí, de Santa Teresa y de San Juan, fluye la inspiración popular, lo mismo que en la antes aludida del Bolero tan alto, tan alto, y en su conmovedor romance del Pastor Zico. Además y principalmente las alegorías del amado Dios y alma enamorada figuran ya en el cantar de los cantares. Y la huella del bíblico cantar está tanto en la noche, que hemos leído, como en bastantes imágenes del cántico. El amado es el ciervo vulnerado, que inspiró a Miguel Hernández, y la esposa es la paloma lírica, que ha inspirado la paloma desnortada de la noche. Hay pues una serie de tendencias ideológicas y estéticas.

que confluyen en esa divinización de la vida entera que Damaso Alonso advierte en el proceso ascendente de la vida española de aquel siglo, en su estudio Teresa y Juan, Españoles a lo Divino. El Cántico, la noche y la llama Hemos dicho que San Juan de la Cruz escribió unos comentarios en prosa para orientarnos en la interpretación de sus poemas principales, El Cántico, la noche y la llama. Pero he aquí que en el caso de la noche oscura, sus comentarios se detienen en la tercera estrofa. Para explicarnos el contenido de los diez primeros versos, es decir, las dos primeras liras, el santo ha escrito, sin embargo, dos tratados distintos. Uno de ellos es el por él titulado, Subir.

al Monte Carmelo y al comienzo del comentario transcribe entero el poema que acabamos de oír, La noche oscura del alma. En el otro tratado nos habla de la noche pasiva. En el comentario de la subida nos habla el santo de dos noches activas por las que pasa el alma para su unión con Dios, la noche activa del sentido y la noche activa del espíritu. Es el tratado conocido por las negaciones astéticas de San Juan de la Cruz, las terribles nada que tan frecuentemente se están deformando hoy. Vamos a hablar de ellas. San Juan dice que la noche del sentido consiste en que el alma tiene que renunciar a todo placer sensitivo porque toda criatura comparada con Dios es nada y estando el alma revestida de afectos y gusto de las cosas no tiene capacidad para ser poseída de la luz pura y sencilla de Dios. Dios es la luz y las criaturas por comparación son las tinieblas. Hay que vaciar las tinieblas para que en el momento en que la noche de la noche se desvanezca, la noche

ella se instale la luz. La nada es por tanto psicológica y relativa, no es metafísica. En uno de los avisos de esta subida escribirá, para poseerlo todo no quieras tener nada. Es la conocida vía purgativa porque los apetitos carnales oscurecen el alma. Esta noche o negación, nada del sentido, es la explicación del primer verso del poema a la que dedica 14 capítulos. En esta misma noche el alma en medio de las mortificaciones se siente atraída ya por Dios, con ansias en amores inflamada, pero en la oscuridad de la fe. Advértase que San Juan no habla de negrura sino de oscuridad. Lo negro es siniestro. Rosalía de Castro, por ejemplo, hablará de la negra sombra, del no ser que la aterra y la deja en soledad. Porque el no ser para ella es algo metafísico a la vez que psicológico. Confunde ambas cosas.

Pero San Juan no se equivoca. Conoce perfectamente el significado de cada una de las palabras y dice que la fe es oscura, no negra, porque a Dios no le podemos abarcar con la razón. La razón es, pues, para San Juan de la Cruz, la luz natural con la que abarcamos todo lo que por los sentidos podemos captar, medir, palpar o pesar. Es decir, es limitado como nuestra propia razón. Renunciar a ella supone la noche oscura del espíritu. Y esto es lo más dramático para el santo, porque pierde todo apoyo natural. Es dramático, pero no trágico, porque hay solución feliz. La atracción superracional que Dios ejerce en el alma y que ella misma no puede sino sencillamente aceptar es lo que le hace ir segura. A oscuras y segura. Y por lo que es clarísimo. El alma, oh dichosa aventura. Esta aceptación del alma a Dios, a quien ella no puede captar, palpar, medir, es la fe.

fe para San Juan y por ello se siente atraído amorosamente. Dios no es comprensible ni visible, por eso en el cántico espiritual comenzará preguntando, ¿a dónde te escondiste, amado? Como el ciervo huiste a viento me herido, salí tras ti clamando y eras sido. Pero Dios sí es intuible, entendible, sentido por una especie de revelación. Esta revelación es la

luz que en el corazón ardía, de la que nos habla en la tercera lira de la noche oscura y dice, más cierta que la luz de la noche oscura. La luz de la noche oscura.

La luz de la revelación divina arde en el interior y guía con mayor certeza que la luz de la razón, la luz del mediodía. Esta es la luz misteriosa que ilumina todo el poema de la noche oscura del alma. El alma, impelida por ella, llegará a la almena, a la altura de la gracia que la hace digna de tal singular amor. Pero esto ocurrirá después de la estética renuncia de las nada del sentido y de la razón, es decir, estando ya mi casa sosegada, final de la segunda estrofa. No ha dejado de asombrar a ningún lector este acierto realmente maravilloso de San Juan como poeta, paralelamente a la luz de la luz de la luz, que es la luz de la luz. Paralelo a la expresión de su santidad. El sosiego, la calma producida en el alma después de acallar los sentidos y las apetencias, y de no tener verdaderamente nada, sino nada más y nada menos que la presencia de la fe y el amor de Dios. Este sosiego, esta pacificación del ánimo, no ha sido nunca expresado tan certeramente.

Tan poéticamente como lo consigue San Juan mediante la aliteración de la S. La casa sosegada es como un susurro o un silencioso bienestar. La casa naturalmente es una metáfora del alma. Santa Teresa nos dirá que el alma es como un castillo. Pero San Juan es menos castrense. No hablará de luchar sino de renunciar. Y la gracia divina no estará en el interior del castillo, en el centro o morada principal, sino en la mismísima almena. También después, en el cántico espiritual, el alma saldrá incluso de sí misma. Cuando salga ya cosa no sabía. Es el éxtasis. San Juan es más lírico, es ante todo lírico. También en el cántico comparará el alma en gracia con un huerto florido. El ameno huerto deseado que inspirará varios poemas del Machado de Soledades.

Centrado sea la esposa en el ameno puerto deseado. Y a su sabor reposa el cuello reclinado. Sobre los dulces brazos del amado. Sin embargo, San Juan coincide con Santa Teresa en ver enemigos del alma, con la celada de la que habla también en la segunda estrofa de La noche oscura. Alude a las tentaciones de la soberbia, esto es, a la supervaloración del yo, alentada por el demonio, que lleva incluso a la muerte de la madre. San Juan, la esposa de San Juan, se encuentra en la casa de San Juan.

incluso la herejía, y que es el mayor peligro del espíritu. Por eso en los comentarios del cántico dirá que es sólo Dios con su amor el que embellece y dignifica el alma. Cuando tú me mirabas, tu gracia en mí tus ojos imprimían, le dice a Cristo. San Juan pone gran ahínco en toda renuncia del yo, del egoísmo. No obstante, el santo resulta de una modernidad pasmosa, precisamente porque a través de la renuncia absoluta de las bajezas del yo, llega nada menos que a identificarse por el amor con el amado mismo. Amada en el amado transformada, nos dice en la quinta estrofa. Es la frontera entre la vía purgativa y la vía unitiva, es la amanecida. Por eso exclama. Oh noche amable más que la alborada, oh noche que juntaste amado con amada, amada en el amado transformada.

a esta divina transformación del alma que según comenta en el cántico no es otra cosa que la cristificación es decir, el vivir absolutamente identificado con Cristo ha aspirado también Juan Ramón Jiménez en su poema titulado Animal de fondo y de algún modo en su poema Dios deseante y deseado solo que Juan Ramón, aunque gran conocedor y seguidor de San Juan de la Cruz no atendió a la renuncia del yo de que nos habla San Juan y se sintió no amada en amado transformada sino amada y amado transformados en la misma persona

para Juan Ramón el poeta es Dios mismo y con su sola y propia contemplación como poeta como creador, se siente olvidado de todo en éxtasis también ya veremos esto más despacio cuando hablemos en su día

de la poesía contemporánea. De momento diremos que lo que sí existe de común entre ambos es la finísima sensibilidad poética. Es seguro que al poeta de Moguer le fascinó la figura etimológica, repetitiva de la raíz o lexema que existe en el verso amada, amado, y que nos produce la sensación de estar identificando a ambos, que es justamente lo que queremos decir cuando a alguien que queremos hasta el mismísimo extremo le decimos vida mía. El acierto expresivo del santo es del todo inalcanzable. Santa Teresa, más locuaz, quizás por no dominar el lenguaje como San Juan, necesitó hacer innumerables comparaciones para expresar el tipo de unión estrechísima del alma con Dios. Y así dice Santa Teresa.

como gota que cae en el mar, como dos cabos de vela cuyas llamas se juntaran. San Juan lo ha dicho todo en un solo verso. Amada en el amado transformada. La gracia del divino amado, la gracia santificante, lo envuelve ya todo. El finísimo erotismo de la sexta estrofa ha llamado la atención de Jorge Guillem. En mi pecho florido, que entero para él solo se guardaba, allí quedó dormido, y yo le regalaba, y el ventalle de cedros aire daba. Este erotismo no tiene nada que ver con las interpretaciones oeces a que ha dado lugar la versión freudiana de la mística, se trata, como Jean Barussi y Guillem han visto, de la propia insuficiencia del lenguaje para comunicar una vivencia del todo superrracino.

El lenguaje rebasa con San Juan los propios límites, dice Guillén, y este es el supremo encanto del poema. En la inocencia pura del alma yace la esencia divina misma. Esto quieren decir los tres primeros versos de esta estrofa, con una delicadeza poética inigualable. En mi pecho florido, que entero para el solo se guardaba, allí quedó dormido. El ventalle de cedros aire daba. Este toque especial de la gracia que se produce según la mística...

el momento de la unión con Dios, origina el olvido total de sí mismo, el éxtasis. San Juan, que sigue de un modo absoluta y asombrosamente paralelo el psiquismo erótico y el místico, nos habla de una suspensión total de los sentidos. El encuentro amoroso nos es sugerido naturalmente porque es el aire el que con su serenidad hiere el cuello, lo toca, es decir, el aire es la gracia mientras la amada esparce los cabellos. Pero las palabras cabello y cuello nos sugieren la escena de amor y de olvido. La amada se ha entregado de tal modo que ya no es nada ella. Los cuatro sintagmas verbales de la última estrofa expresan bien esta suprema aniquilación por amor. Quedar, olvidar, cesar, dejar, son todos verbos que expresan la negación de la propia individualidad y aparecen en escalonada gradación. Todo lo ha dejado olvidado entre los dos. Entre las azucenas, entre las flores litúrgicas de la pureza.

y en brazos el amor. Tiene razón Américo Castro cuando dice que en estos versos finales de la noche nuestro poeta y santo vuela por encima de lo dimensional. Fin